

DOMINGO IV DE CUARESMA: “LAETARE”

CICLO A

2ª Lectura (Ef. 5, 8-14)



“Levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz”

«Hermanos: En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz (toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz) buscando lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien poniéndolas en evidencia. Pues hasta ahora da vergüenza mencionar las cosas que ellos hacen a escondidas. Pero la luz, denunciándolas, las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz. Por eso dice: “Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz.”» (Ef. 5, 8-14).

“Hermanos: En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor”: En aquel “otro tiempo” en el que el hombre era “tinieblas”, era el tiempo anterior al bautismo y la conversión. Pero “ahora”, es decir, después del bautismo y la conversión, o lo que es lo mismo, después de la incorporación a la Iglesia de Cristo Jesús, el hombre se ha despojado de las tinieblas y es él todo “luz en el Señor”.

Ser tinieblas es lo mismo que ser pagano, impío, perverso; es decir, ser desorden, pecado. Ser luz es lo mismo que ser cristiano, piadoso, virtuoso; es decir, orden, gracia:

«Para que seáis irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin tacha en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo.» (Filp. 2, 15).

Esta doctrina, que viene a ser la doctrina de los dos caminos, el bien (luz) y el mal (tinieblas), está regada por toda la Sagrada Escritura. Ahora presenta S. Pablo esta doctrina de los dos caminos como luz y tinieblas:

*«Pero vosotros, hermanos, no vivís en la oscuridad, para que ese Día os sorprenda como ladrón, pues todos vosotros **sois hijos de la luz** e hijos del día. Nosotros **no somos de la noche** ni de las tinieblas. Así pues, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Nosotros, por el contrario, que somos del día, seamos sobrios; revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación.» (1 Tes. 5, 4-8).*

*«La noche está avanzada. El día se acerca. **Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz.** Como en pleno día, procedamos con decoro: nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias.» (Rom. 13, 12-14).*

“Caminad como hijos de la luz (toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz)”: “Caminar como hijos de la luz” es vivir en consonancia con el Evangelio de Cristo Jesús, de quien eres hijo.

Ser “hijo de la luz”, es decir, ser discípulo de Cristo Jesús, es ser “bondad, justicia (santidad) y verdad”. La vivencia de las virtudes cristianas pone de manifiesto al cristiano que verdaderamente es hijo del Evangelio de Cristo Jesús.

Pero jamás olvidar, para un sano equilibrio, que la imagen de la “luz” en la Sagrada Escritura no es precisamente intelectual, sino vital. Los cristianos son “luz del mundo” no precisamente como maestros, sino como santos: “bondad, justicia, verdad”.

La luz cristiana suavemente alumbra y calienta la gélida oscuridad y lóbreguez mundana de cada alma humana. En esos recónditos repliegues de la miseria humana guarecen, agonizantes, solapadas tinieblas, que, odiando la luz, temen su presencia como el malvado la condena.

Las tinieblas no sólo temen la luz, sino que la odian con un odio letal; porque las tinieblas encubren vergüenza y muchas miserias enemigas de la luz. A ti también te temerán en lo profundo del corazón y te odiarán, porque alumbras y pones de manifiesto esas miserias y esas vergüenzas que alumbradas ahogan el alma. Y esto a nadie agrada. Si a Dios odiaron y mataron, qué mucho que a ti te odien y maten de la misma manera.

Vivir la vida del Espíritu es vivir la vida de Dios, y vivir la vida de Dios es ser luz que alumbra irremisiblemente y sofoca las tinieblas, como el sol disipa esas espesas sombras de la noche hasta las cavernas del ocaso. Las tinieblas y la luz son antagónicas: ¡O las tinieblas o la luz! De aquí la perpetua lucha que existe entre ti, "*hijo de la luz*", y las tres dominantes tinieblas: demonio, mundo y carne. Podrás derrotar al demonio con sus secuaces y la carne infecta, mas para derrotar al mundo has de ser derrotado por él, a semejanza de tu Maestro en el Calvario, derrotado hasta el extremo.

"Buscando lo que agrada al Señor": La vida de Nuestro Señor Jesucristo es la norma de moralidad que "*agrada al Señor*" y hace justo al cristiano. No es tan difícil descubrir "*lo que le agrada al Señor*", sencillamente, viviendo como vivió el Señor, se agrada al Señor.

"Sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien poniéndolas en evidencia": "*Las obras estériles de las tinieblas*" son las obras de los infieles, paganos, mundanos.

Los que son luz, cristianos, ya no pueden andar tras el mundo: "*obra estéril tenebrosa*". El cristiano pone en evidencia el pecado del mundo con su vida luminosa. Su misma vivencia cristiana es una condena del obrar mundano, cosa que trae muchas cruces. Por eso el cristiano tibio evita ser luz y tendrá por fanático, duro e intransigente al cristiano fervoroso que vive el Evangelio del Señor: ¡Terrible error el de la tibieza! (cf. Ap. 3, 15-16).

El cristiano apostólico es luz que vive en perpetua oposición contra las obras del mundo, es decir, de las tinieblas. Esta actitud estable y de por vida, en la vida del predicador, puede ocasionarle los desánimos del profeta Jeremías, que se quejaba:

*«Pues cada vez que hablo es para clamar: “¡Atropello!”, y para gritar: “¡Expolio!”. La **palabra de Yahveh ha sido para mí oprobio** y befa cotidiana. Yo decía: “No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre.” Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía. Escuchaba las **calumnias de la turba**: “¡Terror por doquier!, ¡denunciadle!, ¡denunciémosle!” Todos aquellos con quienes me saludaba estaban acechando un traspiés mío: “¡A ver si se distrae, y le podremos, y tomaremos venganza de él!”» (Jer. 20, 8-10).*

Esta oposición puede llevarle al apóstol cristiano a una tentación en la que sucumben muchos apóstoles intrépidos, pensando que su perpetua actitud de oposición contra sus conciudadanos es un simple pecado de juventud.

¡Brille la luz para que vean los que la buscan!, aunque en otros esta luz engendre odios. A este propósito decía S. Agustín:

«¿Cómo se explica el que la verdad engendre odios, y que se tenga por enemigo al siervo tuyo que la predica, siendo así que la felicidad está en el gozo en la verdad? La explicación es una: los hombres dicen amar la verdad, pero quieren a toda costa que sea verdad aquello que les interesa. A la verdad verdadera la odian por el amor que tienen a esas cosas que pusieron en lugar de ella. Aman la verdad cuando les resplandece, pero no cuando los reprende. Están en la situación de quien se halla dispuesto a engañar, pero no admite ser engañado. Aman la verdad cuando se les manifiesta con evidencia, pero no cuando ella los pone en evidencia. Así es, así es el corazón humano. Ciego y enfermo, torpe e indecente, quiere ocultarse pero que a él nada se le oculte. En consecuencia, su castigo consiste en que él no puede ocultarse a la verdad, mientras que la verdad sí se le oculta a él. Y con todo, en esta miseria prefiere gozarse en la verdad y no en la mentira. Y sólo llegará a ser feliz cuando sin estorbos ni interferencias sea capaz de gozarse en aquella verdad por la cual son verdaderas todas las cosas.» (S. AGUSTÍN, Conf. X, 23, 2).

“Pues hasta ahora da vergüenza mencionar las cosas que ellos hacen a escondidas”: Es una clara alusión a la perversión sexual de los paganos:

«Dios los entregó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonraron entre sí sus cuerpos; a ellos que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador, que es bendito por los siglos. Amén. Por eso los entregó Dios a pasiones infames; pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza; igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abasaron en deseos los unos por los otros, cometiendo la infamia de hombre con hombre, recibiendo en sí mismos el pago merecido de su extravío. Y como no tuvieron a bien guardar el verdadero conocimiento de Dios, entregolos Dios a su mente insensata, para que hicieran lo que no conviene.» (Rom. 1, 24-28).

«LA INMORALIDAD DEL TEATRO (griego).

22... *¿Qué extravagancia no se inventa y representa entre vosotros? Ronquean y recitan indecencias, se practican movimientos que no es lícito, y vuestras hijas y vuestros niños están contemplando a los que dan lecciones en la escena sobre cómo se ha de cometer un adulterio. Bonitas salas de audición las vuestras que pregonan cuanto de pecaminoso se practica a la sombra de la noche, y divierten a los oyentes con recitaciones de discursos deshonestos. Buenos son también vuestros poetas, embusteros, que con sus figuras engañan a los que los escuchan.» (D. RUIZ BUENO, Apologetas Griegos (S. II), 2ª ed. [Madrid, BAC, N° 116, 1979]; TACIANO, Discurso contra los Griegos, 22; pág. 605).*

“Pero la luz, denunciándolas, las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz”: El cristiano está llamado a denunciar y condenar la conducta depravada introducida por Satanás en los seguidores del mundo, los cuales quieren elevar a ley la inmoralidad del Olimpo.

El mero hecho de poner al “descubierto” los desórdenes impíos de los infieles, es más que suficiente como para que los impíos descubran que, efectivamente, su proceder es tenebroso y que la verdad está en la luz que proyecta una vida cristiana, toda ella envuelta en el Evangelio de Cristo Jesús.

“Por eso (se) dice: «Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz»”: No es “por eso dice”, sino “por eso

se dice", es decir, se trata de una expresión impersonal. Ya sabemos que no hay que buscar a "¿quién dice?", pero tampoco debes buscar esta frase en la Sagrada Escritura, porque, sencillamente, no parece ser texto bíblico, sino una secuencia de un himno cristiano que se rezaba en las asambleas de los primeros cristianos:

«LA FUENTE ES DESCONOCIDA.

Hay que saber, en verdad, que esta cita no es de la Escritura. En ninguna parte de la divina Escritura la encontramos. Ciertos intérpretes han dicho que algunos favorecidos con el don del Espíritu escribieron salmos y que esto quiere significar el divino Apóstol en la Carta a los Corintios al decir: "Cada uno de vosotros puede aportar un salmo" (1 Cor. 14, 26).» (TEODORETO DE CIRO, Interpretación de la Carta a los Efesios, 5, 14; PG 82, 545).

El sentido de esta frase podría ser éste:

«Despierta del sueño del pecado, **levántate** con una sincera conversión y Cristo Jesús **iluminará** tu vida hasta dejarla convertida en luz para las gentes.»

Se cree por algunos exegetas que estas palabras de S. Pablo a la comunidad de Éfeso han podido ser inspiradas en el profeta Isaías:

«¡Arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, y la gloria de Yahveh sobre ti ha amanecido! Pues mira cómo la oscuridad cubre la tierra, y espesa nube a los pueblos, mas sobre ti amanece Yahveh y su gloria sobre ti aparece. Caminarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu alborada.» (Is. 1, 1-3).

S. Pablo usa un lenguaje similar al del profeta Isaías cuando se dirige a su discípulo S. Timoteo:

«Pero vosotros, hermanos, no vivís en la oscuridad, para que ese Día os sorprenda como ladrón, pues todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. Nosotros no somos de la noche ni de las tinieblas. Así pues, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Nosotros, por el contrario, que somos del día, seamos so-

brios; revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación.» (1 Tes. 5, 4-8).

3ª Lectura (Jn. 9, 1-41)



“Fue, se lavó, y volvió con vista”

«En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. [Y sus discípulos le preguntaron: –Maestro, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciera ciego?

Jesús contestó: –Ni éste pecó ni sus padres, sino para que se manifesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.

Dicho esto, [escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: –Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).

El fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: –¿No es ése el que se sentaba a pedir?

Unos decían: –El mismo.

Otros decían: –No es él, pero se le parece.

Respondía: –Soy yo.

[Y le preguntaban: –¿Y cómo se te han abierto los ojos?

Él contestó: –Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver.

Le preguntaron: –¿Dónde está él?

Contestó: –No sé.

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. (Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos.) También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.

Él les contestó: –Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.

Algunos de los fariseos comentaban: –Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.

Otros replicaban: –¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: –Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?

Él contestó: –Que es un profeta.

[Pero los judíos no se creyeron que aquél había sido ciego y había recibido la vista, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: –¿Es éste vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?

Sus padres contestaron: –Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos nosotros, y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse.

Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos, pues los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías. Por eso sus padres dijeron: “Ya es mayor, preguntádselo a él”.

Llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron: –Confíesalo ante Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.

Contestó él: –Si es un pecador, no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo.

Le preguntan de nuevo: –¿Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?

Les contestó: –Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso: ¿para qué queréis oírlo otra vez?, ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?

Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: –Discípulo de ése lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ése no sabemos de dónde viene.

Replicó él: –Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene, y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no es-

cucha a los pecadores, sino al que es religioso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder.]

Le replicaron: –Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?

Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: –¿Crees tú en el Hijo del hombre?

Él contestó: –¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

Jesús le dijo: –Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es.

Él dijo: –Creo, Señor.

Y se postró ante él. [Dijo Jesús: –Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos.

Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: – ¿También nosotros estamos ciegos?

Jesús les contestó: –Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís que veis, vuestro pecado persiste].» (Jn. 9, 1-41).

El episodio del ciego de nacimiento revela un doble misterio:

1. La luz divina ciega a los judíos, que obran mal por su rebeldía y soberbia enquistada.
2. La luz divina devuelve la vista a los sencillos de corazón, que llegan a ver a Dios.

“Al pasar Jesús”: El verso anterior anuncia que Jesús tuvo que escapar de las criminales manos judías:

«Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del Templo.» (Jn. 8, 59).

Si los judíos rechazan a Jesús y lo persiguen a muerte, Jesús no se inmuta y en su huida continuará su trayectoria haciendo el bien, como podrás apreciar en el presente acontecimiento del ciego de nacimiento.

La luz (Cristo Jesús) y las tinieblas (la ley de esclavitud) se dan cita por iniciativa de Jesús: *“al pasar Jesús”*. Y el que se abre (el ciego de origen) a la luz de Cristo Jesús recobra la vista perdida en Adán.

“Vio”: indica que Jesús presta atención especial al necesitado. Tu vida, al deslizarla por este mundo de miserias debe ser, a imitación de la

vida de Jesús, un ir fijándote en los necesitados de luz o de otra cualquier carencia. ¿Has visto al ciego? ¿Al hambriento? ¿Al triste?: “*Ven bendito... tuve hambre...*” (cf. Mt. 25, 34ss).

“A un hombre ciego de nacimiento”: Sin decir su nombre, es decir, cualquier hombre es teológicamente ciego de nacimiento y sólo podrá disfrutar de la luz mediante el milagro de la fe en Cristo Jesús. Este momento dichoso es anunciado por el evangelista S. Juan en este preciso momento, que por otra parte ya había sido anunciado por la Escritura:

«Entonces **se despegarán los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos se abrirán.**» (Is. 35, 5).

Si reconoces con profundidad tu realidad de “*ciego de nacimiento*” quedarás bien dispuesto para reconocer tu nada, pero al mismo tiempo quedarás capacitado para reconocer tu grandeza por predilección divina, que te otorgó la luz de la fe, de la esperanza, del amor, de la paz: de la eterna felicidad.

El “*ciego de nacimiento*” está indicando que la proyección en la vida de todo judío era pura tiniebla, pero la intervención de Jesús, rechazada en el judío malo (autoridades judías) y aceptada en el judío bueno (el ciego) restaura en el hombre la destrucción de Adán.

“Y sus discípulos le preguntaron”: Al discípulo de Jesús le es fácil reconocer la ceguera de todo ciego, pero no están más lúcidos los discípulos para reconocer su propia ceguera. La pregunta apostólica denota desconocimiento de la realidad personal en que viven inmersos ellos mismos, tocados por las tenebrosas doctrinas bebidas en los ambientes judíos, de las que Jesús los irá purificando progresivamente.

“Maestro, ¿quién pecó: éste o sus padres”: Este es un prejuicio de la mentalidad humana inclinada a la venganza: piensan que los males que se padecen son siempre por pecados personales. Es una casuística inconveniente. ¡Siempre devolviendo el mal con mal! Dios no es así. Estamos en el tiempo del perdón, no del castigo.

¿Qué motivó la pregunta inconveniente y desconsiderada de los discípulos de Jesús? –Indudablemente el modo como Jesús miró al pobre desgraciado en su ceguera, el cual tenía que padecer también las inmisericordias censuras de sus conciudadanos.

Favorecía esta doctrina errada algunas sentencias del Antiguo Testamento, mal aplicadas al caso presente:

«Soy un Dios celoso, que *castigo la iniquidad de los padres en los hijos* hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian.» (Éx. 20, 5; cf. Éx. 34, 7; Núm. 14, 18).

Pero Jesús afirmará que no es así. El mismo Antiguo Testamento, por el profeta Ezequiel, dirá otra cosa:

«*El que peque es quien morirá; el hijo no cargará con la culpa de su padre, ni el padre con la culpa de su hijo: al justo se le imputará su justicia y al malvado su maldad.*» (Ez. 18, 20).

Cuando habla el Antiguo Testamento de una implicación del pecado en los descendientes, no se puede sacar la conclusión de que se trata de un castigo en los hijos por el pecado de los padres, sino que la situación de los padres puede tener consecuencias en los hijos, pero no como castigo, sino como consecuencia. Y así, de unos padres tuberculosos nacerán hijos tuberculosos, pero no como castigo, sino como consecuencia de una ley clínica natural.

“Para que naciera ciego?”: ¿Quién pecó: éste o Adán? –Los dos pecaron, pero la ceguera no viene del Dios vengador. Es el mismo hombre el que introduce la enfermedad y la muerte en la historia humana. Luego entrará Dios en la historia del hombre para liberarlo de su ceguera y su muerte.

“Jesús contestó: –Ni éste pecó ni sus padres”: Si no hay hombre que no haya pecado, con excepción de la Madre de Jesús, ¿cómo dice ahora Jesús que “*ni éste pecó ni sus padres*”? –Lo que Jesús afirma no es que el ciego fuera ciego por sus pecados (este pecado, causante de la ceguera, no lo tenía el ciego de nacimiento) o por los pecados de sus padres, pues en este caso todos deberíamos estar ciegos.

Si bien es cierto que cualquier pecado merecía ser castigado con la ceguera y el mismo infierno, sin embargo, Dios ha tenido misericordia del hombre y le perdona en Cristo Jesús. La ceguera del caso presente no

hay que vincularla al pecado, sino al proyecto providente de Dios para con el hombre, al que quiere salvar.

“Sino para que se manifiesten en él las obras de Dios”: Si hay males, éstos son consecuencia del desorden humano, y, en algunos casos, providencia especial de Dios para manifestar su poder a los hombres, como ocurrió con la muerte y resurrección de Lázaro:

«Al oírlo Jesús, dijo: “Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.”

Entonces Jesús les dijo abiertamente: “Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis.”» (Jn. 11, 4, 14-15).

“Mientras es de día”: Mientras dura la vida terrena de Cristo Jesús, es decir, hasta que llegue la muerte. La presencia de Dios en la historia es como un sol que ilumina el día. Mientras es de día se trabaja. La vida del hombre queda iluminada por la presencia de Jesús. Quien rechaza a Jesús, vive en la noche sempiterna.

“Tengo que hacer las obras del que me ha enviado”: El Padre eterno envía a su Verbo al mundo para salvar al mundo. Ahora el Verbo eterno de Dios, fiel al Padre, hará las obras encomendadas por el Padre: la salvación del hombre:

«Porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo.» (Jn. 12, 47).

“Viene la noche y nadie podrá hacerlas”: El día es la vida de Jesús y la noche es su muerte. Mientras se vive se pueden hacer las obras del Padre, cuando llega la muerte ya no se puede hacer obra alguna.

¿A qué esperas tú para entregarte de una vez por todas a la tarea que el Padre te ha encomendado? ¿Seguirás dilatando tu desidia? Pero si ya te has entregado a las obras del que te ha enviado, descansa confiado como el niño en los brazos de su madre: ¡continúa las huellas de Jesús!

“Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo”: La vida de Jesús ilumina a todos los hombres para que vean el camino que conduce a la Vida:

*«La Palabra era la luz verdadera que **ilumina a todo hombre** que viene a este mundo.» (Jn. 1, 9).*

Así la vida cristiana, a imitación de Cristo Jesús, debe iluminar a todos para enseñarles el camino del cielo. Tras la muerte, Jesús también es luz, pero en los cristianos, en ti.

“Dicho esto, / escupió en la tierra”: Para dar la luz a Adán Dios soplo sobre el barro, para devolverle la vista escupe en el barro.

“Hizo barro con la saliva”: Parece que aquí hay una alusión a la creación del hombre: Jesús hace un remiendo para la efigie humana de barro que se había roto.

«MÁS TARDE, LOS OJOS ABIERTOS TESTIFICAN.

La saliva del Señor sirvió de llave a los ojos cerrados; curó el ojo y la pupila mediante el agua; con agua formó lodo y reparó el defecto. Cristo obró así para que, cuando le escupieran en la cara (cf. Mt. 26, 27), los ojos de los ciegos, abiertos gracias a su saliva, dieran testimonio contra [los que le ofendían].» (S. EFRÉN DE NISIBI, Comentario al Diatessaron, 16, 32; CSCO 137 [Scrip. arm. 1], 242).

“Se lo untó en los ojos al ciego”: Con la mixtura reparadora cierra Jesús una quiebra introducida en el hombre por Adán.

«Dios formó al hombre con polvo del suelo.» (Jn. 11, 4, 14-15).

Jesús retoma la acción creadora de los orígenes para hacer ahora una nueva creatura, reparando la antigua. Este gesto del barro, sumado al lavado del agua de la piscina de Siloé, da a entender que asistimos a una nueva creación o renascencia por las aguas del bautismo.

La acción del barro, que ciega, puede desconcertar al ciego, pero el ciego obedece y recobra la vista, pues el barro en manos de Jesús ilumina. Por más desconcertante que te parezca el Evangelio, o la Iglesia, o los acontecimientos, tú no te separes de la obediencia y siempre verás, no perderás la fe. La fe siempre se perdió por no obedecer, por apartarse de Jesús, por pecar.

“Y le dijo: –Ve a lavarte a la piscina de Siloé”: Jesús pone la fuerza de la curación en el agua de la piscina de Siloé. Hay aquí una alusión a las aguas regeneradoras del bautismo, sacramento de iluminación cristiana.

¿Qué es lo que mandó Jesús lavar al ciego? –El barro que le untó en los ojos. El impedimento que Jesús le pone en los ojos para que vea, queda retirado con las aguas de la piscina y a la par recupera la vista.

La prueba de la fe había sido superada por el ciego, mantuvo la confianza en el mensaje de Jesús, a pesar del aparente impedimento del barro, y recupera la vista.

“(Que significa enviado)”: El término aplicado a Jesús aparece con frecuencia en S. Juan:

«Porque Dios no ha **enviado** a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.» (Jn. 3, 17).

«En verdad, en verdad os digo: el que escucha mi Palabra y cree en el que me ha **enviado**, tiene vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida.» (Jn. 5, 24).

«No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha **enviado**.» (Jn. 5, 30; cf. 5, 36).

«La obra de Dios es que creáis en quien él ha **enviado**.» (Jn. 6, 29; cf. 6, 38, 44, 57; 7, 16, 18, 28, 33; 8, 16, 18, 26, 29, 42).

El “*Enviado*”, Jesús, ha devuelto la vista al ciego de nacimiento. Jesús, con las aguas del bautismo, devuelve la vida al hombre caído por el pecado de Adán.

“Él fue, se lavó, y volvió con vista”:

- **“Fue”:** obediencia en respuesta al mandato de Jesús. La ida supone el alejamiento de un lugar y el acercamiento a otro: se alejó del judaísmo y se acercó al cristianismo, se alejó de las tinieblas y se acercó a la luz.
- **“Se lavó”:** purificación del ciego en respuesta a la obediencia a Jesús. Las aguas que hasta la fecha había usado el ciego no le

devolvieron la vista, se la devuelve ahora el “*Enviado*”, Siloé: no le iluminó el judaísmo, sino el cristianismo.

- **“Volvió”:** el retorno del ciego es distinto a la ida. La proyección hacia el futuro le da una nueva dimensión al ciego de nacimiento: ha nacido a la luz.
- **“Con vista”:** con gloria en premio por la obediente purificación del ciego. Había permanecido ciego mientras vivió junto al templo judío, pero recobró la vista ante el nuevo templo del Espíritu, reconstruido en tres días.

“Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban”: Ante la intervención de Dios en el hombre, se dispara en las gentes una curiosidad, desviada de lo fundamental, desviada de Dios. En lugar de elevar la mirada al cielo, la proyectan hacia el suelo: el ciego.

La pregunta de la humanidad ante la grandeza del milagro de la creación no se eleva hacia Dios, sino hacia el ciego. Aquí se les llenará a los necios la boca de: “la ciencia”, “la filosofía”, “la naturaleza”, “el progreso”, “el azar”, “la evolución”, “el devenir”... Todo ello tipificado por S. Juan como “*el ciego*”.

“¿No es ése el que se sentaba a pedir?”: El ciego era conocido por las gentes que entraban y salían del templo, donde solía pedir limosna para subsistir. El personaje, sin ser famoso por alguna acción notable, sin embargo, era bien conocido de todos por su perseverante mendicidad.

“El ciego” es la imagen de la creación postrada en la indigencia pidiendo limosna para subsistir, hasta que aparece el Creador y descoloca a todos los elucubradores de la historia.

“Unos decía: –El mismo”: Ante el portento evidente de la vuelta a la normalidad, la humanidad se divide en dos bandos: unos que aceptan el prodigio, otros que lo niegan.

“Otros decían: –No es él, pero se le parece”: Las dudas debieron surgir porque Jesús también mejoró el rostro del ciego. ¡Así es Dios!: siempre te otorga más de lo que sabes pedir, aunque te ponga barro en la cara. San Juan quiere enseñarte que la recuperación de la luz de la fe mejora también la fisonomía natural. De tal manera queda restaurada internamente la persona, que tiene su repercusión al exterior.

En realidad, es verdad lo que dice la gente: “*no es él*”, es una nueva creatura, como decimos en el rito del bautismo. Tan sólo “*se le parece*”, pues no se trata de una aniquilación y una creación distinta de la persona anterior. Está muy bien espigada la frase por S. Juan para darte a entender lo que ocurre en el interior del que es lavado con las aguas del bautismo.

Las acciones divinas desconciertan al pobre hombre terreno acostumbrado a raquíticos números y principios metafísicos constatados por los torpes dedos de sus manos.

“Él respondía: –Soy yo”: Valiente confesión. El ciego comienza la fervorosa defensa del milagro. Ataja la posible desviación de la atención del milagro en el ciego hacia una coincidencia fortuita de personas que se parecen: uno que ve, y el otro ciego.

“Y le preguntaban: –¿Y cómo se te han abierto los ojos?”: La gente sencilla aceptará el milagro. Su curiosidad va orientada al modo de proceder Jesús para curarle al ciego.

La irrupción de la iluminación de Jesús en la vida del ciego causa admiración e interrogantes en las gentes que le contemplan. No pasa tampoco desapercibida ahora la vida cristiana ante la faz de la tierra. Y será precisamente esta intervención de Jesús en tu vida la que convertirá a las gentes, no tu pericia; no tú, sino Dios en ti: ¡humildad!

“Él contestó: Ese hombre que se llama Jesús hizo barro”: Hay un hombre que tiene una actividad divina, Jesús: “*hizo barro*”. Hizo el barro de toda la creación, pero fundamentalmente el barro de Adán, y ahora hace el barro restaurador del Adán roto.

“Me lo untó en los ojos”: Jesús está cegando la posible visión que conducía a la ceguera, es decir, a la experiencia del mal:

«El día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.» (Gén. 3, 5).

Ahora el hombre tiene que purificar esa gangrena en las aguas regeneradoras del bautismo.

“Y me dijo que fuese a Siloé”: El hombre ciego de nacimiento va de la sinagoga en la que participaba como indigente, a la Iglesia del Señor

en la que participará como vidente sempiterno; va del judaísmo, al cristianismo; de la muerte temporal, a la vida eterna: vete a Siloé, no a la sinagoga.

"Y que me lavase": No es suficiente ir a la piscina de las aguas regeneradoras, es necesario lavarse, es decir, purificarse en las aguas de la salvación, imagen de las aguas del bautismo y de la gracia sanante.

"Entonces fui": ¿De qué le hubiera servido al ciego saber cómo se consigue sanar de la ceguera, si después no hubiera puesto los medios requeridos para sanar? Es importante, decisiva, esta determinación de poner por obra lo que sabes que Dios te pide.

"Me lavé": No es tan difícil hacer lo mandado por Jesús para recuperar la vista, pero sí es necesario que Dios lo mande. Todos los esfuerzos de la humanidad son nada para conseguir la salud eterna. Es necesario que Jesús introduzca su mandato. Sólo en Cristo Jesús consigue el hombre su salvación.

"Y empecé a ver": La sencillez y candor del relato denota que el ciego todavía no reconoce a Jesús como el Mesías. Piensa que se trata de un simple hombre, aunque profeta. No hay artificios ni encomios literarios. Más bien parece transparentarse el asombro del ciego ante el resultado tan maravilloso que han producido unas acciones tan sencillas.

Al hacer hincapié en la sencillez de los hechos, queda de mayor relieve el milagro obrado por Jesús, no por los acontecimientos.

«EL CIEGO SE HACE EVANGELISTA.

Se ha convertido en cantor de la gracia; predica y confiesa el beneficio de la vista. Aquel ciego confesaba y el corazón de los ignorantes se turbaba, porque en su corazón faltaba lo que él tenía ya en la cara.»
(S. AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de Juan*, 44, 8; CCL 36, 385).

"Le preguntaron": Comienza a incomodarse el panorama. Se insiste en el interrogatorio como si se hubiera cometido un delito. ¡Con lo fácil que es ser humilde y acoger la obra de Dios en el mundo! Pero no, tienen que continuar con su inquisición por si acaso encuentran algún resquicio por el que atacar y condenar a Jesús.

“¿Dónde está él?”: Aquí valdría la queja del profeta Isaías al rey Ajaz:

«¿Os parece poco cansar a los hombres, que cansáis incluso a Dios?» (Is. 7, 13).

Se comienza a involucrar a Jesús en el sagrado delito de haber sanado a un ciego de nacimiento.

¿Por qué queréis buscar a Jesús? ¿Por salir de vuestra ceguera, o por aprender a curar ciegos? –No, por nada de esto, sino por maldad deicida atizada por Satanás contra Jesús.

“Contestó: –No sé”: No pudo responder con menos palabras. El laconismo del ciego da a entender que los ánimos comenzaban a caldearse. En el fondo el laconismo docente es una repulsa del ciego hacia los curiosos, no tanto por lo molestos que pudieran ser por su insistencia, cuanto por su increencia.

Jesús se aleja temporalmente del acontecimiento para dejar expedito el campo a las gentes en orden a que saquen libremente sus conclusiones sobre el milagro de la vista del ciego de nacimiento, fundamentalmente sus envidiosos enemigos. Pero también venía huyendo de los delictivos fariseos que lo querían apedrear.

Quiso Jesús que la curación se hiciera estando Él distante, aunque oteando el panorama con su ciencia divina, para aparecer en el momento en que los sombríos judíos excomulgasen al ciego. Recobrada la luz del cuerpo, Jesús se acercará al ciego para darle la luz del alma y también para recibirlo entre sus fervorosos discípulos.

“Llevaron ante los fariseos”: Ésta es el arma de los insidiosos judíos que no podían hacer otra cosa contra Jesús en su incapacidad deicida. Entienden que los criminales que intentaron apedrearlo anteriormente, por fin ahora lo matarán. Ésta ha sido también la táctica del mundo a lo largo de los siglos contra la Iglesia de Cristo Jesús. Han llevado ante tribunales a seres tan inocentes e indefensos como los hermanos Macabeos (en la antigüedad precristiana), a una Sta. Inés, a un S. Vicente, S. Tarsicio, Stos. Justo y Pastor...

*«Guardaos de los hombres, porque **os entregarán a los tribunales** y os azotarán en sus sinagogas; y por mi causa seréis llevados ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles.» (Mt. 10, 17-18).*

Jesús destapó a Satanás para que conocieras sus malditas astucias. Las astucias de siempre, pero también las astucias de hoy. No te extrañes de lo que tienes que padecer si te has decidido a seguir a Jesús:

*«Hijo, si te llegas a servir al Señor, **prepara tu alma para la prueba.**» (Si. 2, 1).*

*«Que nadie vacile en esas **tribulaciones**. Bien sabéis que éste **es nuestro destino**: ya cuando estábamos con vosotros os predecíamos que **íbamos a sufrir tribulaciones**, y es lo que ha sucedido, como sabéis.» (1 Tes. 3, 3-4).*

*«¡Qué persecuciones hube de sufrir! Y de todas me libró el Señor. Y todos los que **quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones.**» (2 Tim. 3, 11-12).*

*«Después de ser iluminados, hubisteis de soportar un **duro y doloroso combate.**» (Hebr. 10, 32).*

Pero cuentas con la asistencia de Dios que te protege:

*«Fiel es Dios que **no permitirá** seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito.» (1 Cor. 10, 13).*

“Llevaron ante los fariseos”: Se trata del afán que tienen los mundanos por reducir a mundo a quienes quieren salirse de él. ¡No volváis al vómito!:

*«Pues más les hubiera valido no haber conocido el camino de la justicia que, una vez conocido, volverse atrás del santo precepto que le fue transmitido. Les ha sucedido lo de aquel proverbio tan cierto: “**el perro vuelve a su vómito**” y “la puerca lavada, a revolcarse en el cieno.”» (2 P. 2, 21-22).*

Jesús saca al ciego de la sinagoga perseguidora de la Iglesia para llevarlo a la Iglesia integradora de la sinagoga, pero los judíos pretenden sacar al ciego de la Iglesia de Cristo Jesús para meterlo en la sinagoga de Anás y Caifás:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y, cuando llega a serlo, le hacéis hijo de condenación el doble que vosotros!» (Mt. 23, 15).

“Al que había sido ciego”: El mendigo ya no es ciego, ahora los ciegos son los judíos, que, en lugar de llevar a la luminosa fuente de Siloé, llevan a la ciega sinagoga.

Estos celosos judíos poco se ocuparon de este mendigo antes de recuperar su vista, pero ahora que ya ve, trabajan por reducirlo al tenebroso estado sinagogal.

“(Era sábado)”: El ciego pasó la historia de su vida en la esterilidad tenebrosa del judaísmo, hasta que llegó el sábado, el día del descanso. El ciego entró en el descanso del Señor, pero los judíos, que tomaron piedras para matar a Dios en sábado, no entrarán en su descanso, la Iglesia:

«Por eso me irrité contra esa generación y dije: Andan siempre errados en su corazón; no conocieron mis caminos. Por eso juré en mi cólera: ¡No entrarán en mi descanso!» (Hebr. 3, 10-11).

“El día que Jesús hizo barro”: Hacer barro es un trabajo prohibido en sábado, como estaba prohibido encender fuego, hacer o deshacer un nudo, apagar una lámpara, escribir dos letras, etc., etc.: ¡corazón estrecho y mortífero!

Era conveniente que fuera en sábado la restauración del hombre ciego, pues en este día, finalizada la creación de Dios, debería entrar la historia en el descanso del Señor, pero lamentablemente no entró a causa del pecado de Adán; sin embargo, Cristo Jesús restaura al hombre roto en el sábado, donde lo ha introducido graciosamente.

Si tan observantes sois del inmovilismo sabatino, ¿cómo es que lleváis al ciego hasta la presencia de los fariseos en sábado? Eso no es trabajo, ¿verdad? Para dañar, cualquier excusa os es válida. Para hacer el

bien, cualquier cosa os es motivo de escándalo. ¡Válgame Dios! ¡Oh miseria judía! ¡Oh miseria humana!

“Y le abrió los ojos”: Jesús abrió los ojos del ciego para el bien y se los cerró para el mal, pero los judíos los tienen sólo abiertos para el mal, y cerrados para el bien.

“También los fariseos le preguntaban”: Es la segunda vez que preguntan al ciego sobre la recuperación de la vista. Pero a la par que las gentes sencillas creen en el milagro, los fariseos indagan oficiosamente sobre el hecho milagroso, que no aceptan, para arruinar a Jesús. Los fariseos están bajo el poder del Maligno.

“Cómo había adquirido la vista”: Ya lo habían oído, pero siguen preguntando por si acaso hallan algo censurable, que es lo único que les interesa a los depravados homicidas. Haciendo caso omiso a todo lo positivo, que los tenía deslumbrados, sólo ponen la atención en hipotéticas acciones punibles.

“Él les contestó: —Me puso barro en los ojos, me lavé y veo”: La respuesta del ciego es intencionalmente breve, concisa y seca. Conoce el ciego de nacimiento la animosidad funesta de los judíos contra Jesús y asume la tarea de salir en su defensa. Desde este momento, las voluntades enfrentadas con velada beligerancia, comienzan a manifestarse con valentía en el ciego, pero mal aceptada la acción de Jesús por la hipocresía farisea.

“Algunos de los fariseos comentaban”: Los más podridos de conciencia son los primeros en sacar conclusiones teológicas conducentes a la muerte de Dios. Necesitan limpieza de corazón para ver la verdad:

«Bienaventurados los **limpios de corazón**, porque ellos verán a Dios.» (Mt. 5, 8).

“Este hombre no viene de Dios”: “¡Bandera discutida!” (cf. Lc. 2, 34). Tenía que cumplirse la profecía del anciano Simeón. Para unos el hombre de Dios no es de Dios, pero para otros sí. ¿Por qué? —Porque unos llevan la imagen de Dios impresa en su alma y reconocen lo de Dios, y otros llevan la imagen de Satanás impresa en su alma y atacan a Dios.

Es curioso contemplar cómo los perversos aducen razones religiosas para negar lo religioso: “*no viene de Dios*”. Piensan que así quedan bien, pero no se dan cuenta que agravan su necedad maldita.

“Porque no guarda el sábado”: ¿Qué pasa con la guarda del sábado?: —¿Que sin la guarda desaparece? —¡Pues sí que es endeble el sábado judío! Efectivamente, Jesús no guarda la parodia de sábado inventada por los hombres, pero sí guarda el sábado de su Padre Dios. Porque guardar el sábado inventado por los hombres se ha convertido en crimen organizado, cosa que Jesús quiere desmontar. Pero los fariseos, que se creen dioses, no aceptarán ni el testimonio de Dios, si no se rinde a sus pies.

“Otros replicaban: —¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?”: Existen también corazones nobles en los que se les cuele en su interior la doctrina y hechos de Jesús. Éstos al menos no condenan a Dios. Pasan por encima de toda doctrina farisea y se colocan en esa vertiente natural que tiende a defender las acciones y doctrina de Jesús.

“Y estaban divididos”: “Bandera de contradicción” (cf. Lc. 2, 34). De entre los fariseos había algunos que reconocían la inocencia de Jesús por el grandioso milagro que había hecho con el ciego de nacimiento. La gracia de Dios los iba disponiendo para que aceptasen el mensaje de salvación. Tal vez se trate de José de Arimatea y Nicodemo.

Esta dualidad de oposición entre judíos aparece otras veces en San Juan:

«Entre la gente había muchos comentarios acerca de él. **Unos decían: “Es bueno.” Otros decían: “No, sino que engaña al pueblo.”**» (Jn. 7, 12).

«Se originó, pues, una **disensión entre la gente por causa de él**. Algunos de ellos querían detenerle, pero nadie le echó mano. Los guardias volvieron donde los sumos sacerdotes y los fariseos. Estos les dijeron: “¿Por qué no le habéis traído?” Respondieron los guardias: “**Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre.**”» (Jn. 7, 43-46).

«Se produjo otra vez una **disensión entre los judíos por estas palabras**. Muchos de ellos decían: “**Tiene un demonio y está loco. ¿Por qué le escucháis?**” Pero otros decían: “**Esas palabras no son de un endemo-**

niado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?"» (Jn. 10, 19-21; cf. 6, 52).

Pero el odio, que no descansa, no se ahorra fatigas hasta hacer daño a los emisarios del amor. Analiza tus fatigas: ¿defiendes, o atacas al hombre de Dios?

"Y volvieron a preguntarle al ciego": El ciego se ha convertido en luz. Es la tercera vez que mendigan luz al ciego, aunque es la segunda de los fariseos.

Los que no quieren aceptar la verdad preguntan una y mil veces hasta conseguir la mentira. La incredulidad tiene esta propiedad salvaje, pero consigue el efecto contrario, pues tantas veces como preguntan, otras tantas veces tienen que escuchar lo que no quieren oír. En esto mismo consistían los interrogatorios de los tiranos a los mártires, y recientemente los de la Rusia y la Alemania a los cristianos y judíos del siglo pasado.

"Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?": Como Jesús se les escapó de las pedradas, quieren ahora vengarse del beneficiado por Jesús. El odio es así de necio y sólo sabe hacer daño. Mi querido hermano, si un alma farisaica se cruza en tu vida, y se cruzan muchas, aléjate de ella como de la peor peste: te hará más daño que Satanás.

"Él contestó: —Que es un profeta": El ciego ya ve en Jesús a un profeta, pero los que veían quedaron tan ciegos que vieron en Jesús un demonio. El ciego es presentado por San Juan como lo fue la Samaritana, descubriendo en Jesús a un profeta:

«Le dice la mujer (samaritana): "Señor, veo que eres un profeta.» (Jn. 4, 19).

"Pero los judíos no creyeron": La pasión homicida farisaica es imposible de aquietar, pues está movida por un principio diabólico y necesita dañar, como el sediento necesita el agua. Nada ni nadie les va a convencer, ni hacer que retrocedan. Necesitan y mendigan una mentira, que es lo único que cabe en un corazón corrompido:

«¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi Palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir

*los deseos de vuestro padre. Éste era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero **a mí, como os digo la verdad, no me creéis.** ¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; **vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios.**”» (Jn. 8, 43-47).*

“Que aquél había sido ciego y había recibido la vista”: Sin fundamento alguno se empecinan en negar ciegamente la ceguera del que ahora ve. Las gentes atestiguan que era ciego y que ahora ve, pero los judíos lo niegan: ¡tan ciegos están! ¡Tan empedernidos están en el mal!

Pero la intriga que causa el milagro en las conciencias de los fariseos será la que los condene el último día. El milagro de Jesús en el ciego pugnaba por entrar en los corazones fariseos, pero ellos lo rechazaron siempre.

“Hasta que llamaron a sus padres”: La sañuda maquinación para encontrar algún resquicio por el que desacreditar a Jesús continúa, pero providencialmente ha servido esta argucia para confirmar más y mejor la realidad del milagro, ratificado por el testimonio de la ceguera de nacimiento de su hijo y la visión de presente.

“Y les preguntaron”: Cuanto más indaguen, más desconcertados quedarán, porque irán recibiendo respuestas que se oponen a su concepción irreal sobre Jesús. En lugar de alivio reciben peso mortal.

“¿Es éste vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego?”: El interrogatorio arrogante e impertinente de los judíos tiene aires humillantes para los padres, pues lo que dieron a luz fue un ciego. Los corazones fariseos, que se creen puros, expresan subrepticamente que los padres del ciego están empecatados.

“¿Cómo es que ahora ve?”: Como no creen que Jesús sea hombre de Dios, sino todo lo contrario, los judíos fingen pensar que aquí hay algo sospechoso. La pregunta, que es un interrogante para el que solicitan respuesta desprestigiadora de Jesús, es más una censura por la que quieren implicar a los padres en una patraña urdida para ruina del judaísmo. Son jueces inicuos extorsionadores de la justicia.

Es curioso que el interrogante judío sea muy similar al interrogante del padre de estos energúmenos, Satanás:

«¿Cómo es que Dios os ha dicho: No comáis de ninguno de los árboles del jardín?» (Gén. 3, 1).

Verdaderamente tienen a quién parecerse.

El "*¿cómo es que ahora ve?*" es un preludio de los celos que sentirán los miembros del pueblo de Dios ante los paganos que se incorporan a la casa paterna:

«¿Es que Israel no comprendió? Moisés es el primero en decir: Os volveré celosos de una que no es nación; contra una nación estúpida os enfureceré.» (Rom. 10, 19).

«Sino que su caída ha traído la salvación a los gentiles, para llenarlos de celos.» (Rom. 11, 11).

"Sus padres contestaron: –Sabemos que éste es nuestro hijo": La respuesta es contundente, afirmativa en extremo. El énfasis de los padres en esta primera parte de la respuesta es tal vez debido a que no se atrevían a afirmar la segunda parte, donde fingen ignorar la causa de la visión de su hijo:

"Y que nació ciego": La segunda realidad es tan real como la primera, es decir, es tan ciego de nacimiento como hijo.

"Pero cómo ve ahora, no lo sabemos nosotros": Aquí se debilita el entusiasmo de la primera afirmación anterior, en la que reconocen en su hijo, nacido ciego, al que ahora ve.

"Y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos": Es aquí donde hace falta un gran amor a Dios para no negarlo o silenciarlo. Jesús pide identificarse como seguidor de Jesús ante los hombres, así sean fariseos:

«Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos.» (Mt. 10, 32).

“Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse”: Después de afirmada la condición filial del ciego y asentada la fingida tesis de ignorancia sobre el modo de recuperación de la vista de su hijo, los padres se deshacen delicadamente de los judíos como de tediosa y temida peste. En verdad que les faltó valentía para confesar abiertamente a Jesús, aunque también es verdad que fueron enérgicos en reconocer a su hijo ciego, y ahora vidente.

“Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos”: Para San Juan, ¿qué produce un judío? —¡Miedo! Y es tal el interés que tienen los judíos por infundir miedo, que piensan que aquí está su eficacia y poder. Es indudable que el sello de Satanás deja troquelado a todo aquel que se le sujeta por su apostasía de la verdad.

¿Qué produce Jesús? —¡Luz en el ciego! Pero también tinieblas en los que rechazan la luz.

“Pues los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías”: Este afán de excomunión aparece abiertamente en contraposición a la actitud de Jesús, que ha venido a salvar:

«Esta es la voluntad del que me ha enviado; que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día.» (Jn. 6, 39).

Pero providencialmente irán limpiando los judíos la sinagoga de indeseables para impulsarlos a la Iglesia, donde sí son deseados.

“Por eso sus padres dijeron: «Ya es mayor, preguntádselo a él»”: Es censurable la falta de implicación de los padres del ciego en la defensa de Jesús. ¿Es que no están agradecidos con Jesús por lo que hizo por su hijo? ¿Entonces, por qué no lo confiesan aun a costa de la sinagoga? — Todavía no está en ellos el amor para sacarlos de razón, como diría Sta. Teresa de Jesús en Las Moradas. De momento es suficiente con el fervor que tuvieron en confesar la filiación de su hijo. Andando el tiempo conseguirán confesar a Dios, aun a costa de la sinagoga.

“Llamaron por segunda vez al que había sido ciego”: Parece que el ciego fue despedido para que no estuviera presente en el interrogatorio de sus padres. Lo veían tan fervoroso defensor de Jesús que no querían tenerlo presente influyendo en sus padres. La nueva llamada provoca la

tercera vez que interrogan los judíos al ciego y la cuarta en total, aunque en esta ocasión no es sobre el milagro, sino sobre la moralidad de Jesús. La confirmación del milagro va bien fundamentada.

“Y le dijeron: –Confíesalo ante Dios (da gloria a Dios)”: Es una fórmula solemne de juramento semita equivalente a “*di la verdad*”. Pero la verdad que los tétricos fariseos querían que dijese el ciego, no respondía a la verdad objetiva de los hechos, como se ve por lo que añaden coactivamente: “*nosotros sabemos que ese hombre es un pecador*” y, por tanto, no pudo haber curación.

Preguntan, pero no para informarse honestamente acerca de la verdad de Jesús, sino para que el ciego confirme lo que ellos han fijado perversamente de antemano. Estamos ante los “Tribunales de Injusticia”, compuestos por fieras sedientas de sangre inocente: Satanás tiene sus secuaces.

El ciego más ciego es el que no quiere ver, ni quieren que los otros vean para que los iluminen.

“Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador”: ¿Qué habrán visto los judíos en Jesús para decir de Él que es pecador? –Pues muy sencillo: proyectan su vida sucia sobre la inocencia de Jesús, que los golpea con su iluminación rechazada:

«*La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.*» (Jn. 1, 5).

La antítesis entre “*nosotros... ese hombre*” respira soberbia y desprecio luciferino.

“Contestó él: –Si es un pecador, no lo sé”: La respuesta del mendigo ciego toma aires de magisterio retórico. Retoma el mendigo la expresión farisaica contundente de “*pecador*” para negarla el ciego con una hipotética ignorancia de la realidad: “*no lo sé*”, pero que en verdad sirve para afirmar abiertamente lo contrario de la condena farisea, a la par que el ciego se abre a la burla por tanta ignorancia afectada. El simplismo mendicante ha superado la demagogia farisaica.

“Sólo sé que yo era ciego y ahora veo”: El ciego se remite a los hechos. La experiencia constata el milagro, que no podrán eludir los ne-

gativos fariseos. La respuesta del ciego es un poco cáustica. Por un lado, simula no saber nada sobre la moralidad de Jesús, pero, por el otro, afirma que era ciego y ahora ve; luego, Jesús no es pecador: la bofetada del ciego a los fariseos ha sido sonora, pero, o no se dieron cuenta, o simularon que no se la habían dado.

Satanás fue derrotado por Jesús en el Monte de la Cuarentena, pero era necesario que ahora los seguidores de Jesús también derrotaran a Satanás en sus secuaces, pues Satanás tiene una prole a la que hay que aplastar:

«Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te aplastará la cabeza mientras acechas tú su talón.» (Gén. 3, 15).

“Le preguntaron de nuevo: –¿Qué te hizo?”: Es la cuarta vez que oficialmente preguntan los judíos al ciego sobre lo mismo. Cada vez se pone más de manifiesto la mala voluntad judía para con Jesús, pero también se pone más patente la realidad del milagro.

“Cómo te abrió los ojos?”: Quieren encontrar los fariseos algo malo en un proceder bueno. Les incomoda no encontrar acciones punibles en Jesús. De aquí la nueva insistencia insidiosa.

“Les contestó: –Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso”: Los judíos, faltos de recursos dialécticos, vuelven a la pregunta primera. Pero ahora la respuesta del ciego es contundente, enérgica, inapelable, inteligente, lógica e irónica hasta atravesarlos el corazón con afilada daga.

“¿Para qué queréis oírlo otra vez?”: ¡Basta ya de preguntar lo mismo, pues no queréis aceptar a Dios! Destapa el ciego la malicia judía, que se mueve en el mismo círculo vicioso: el odio.

“¿También vosotros queréis haceros discípulos suyos?”: Ante la oportunidad que le brindan los rabiosos fariseos, el pobre ciego de nacimiento sucumbió a la tentación de restregarles la rabia que llevaban concentrada contra Jesús y sus discípulos: *“¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?”*

“Ellos lo llenaron de improperios”: La reacción soberbia insultante judía es de derrota, pero no aceptan la pérdida, y menos la infligida

por un ciego cualquiera de la vereda. La rabia de Satanás se trasparenta aquí babeante cual perro rabioso:

«Te aplastará la cabeza mientras acechas tú su talón.» (Gén. 3, 15).

“Y le dijeron: –Discípulo de ése lo serás tú”: Apelan los fariseos al argumento del hombre vulgar: el insulto. El desprecio a Jesús los lleva a los fariseos a omitir su nombre: “ése”. Se inaugura la burla de los judíos a los seguidores de Jesús: y ya no tendrá fin, mientras no se conviertan de verdad a la Verdad de la que carecen.

“Nosotros somos discípulos de Moisés”: La antítesis entre “tú... nosotros” respira soberbia y desprecio luciferino. Es la división dual entre lo cristiano y lo mundano, entre lo eclesial y lo diabólico:

«Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje.» (Gén. 3, 15).

“Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios”: La premisa mayor es aceptada por las dos partes. Nadie niega que a Moisés le haya hablado Dios. La dificultad se va a presentar en la premisa menor.

“Pero ése no sabemos de dónde viene”: Ésta sería la premisa menor, que, al no poder afirmarla, la presentan como ignorancia de la procedencia de Jesús. Al no poder afirmar la menor, tampoco podrán sacar conclusiones, pero son tan necios que sí la sacan para su perdición eterna.

En realidad, esta expresión apóstata es un eufemismo para indicar que Jesús no viene de Dios, como sí venía Moisés. El rechazo a Jesús no tiene otra explicación que el pecado, y la que el mismo Jesús había anunciado en otra ocasión:

«Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios.» (Jn. 3, 19-21).

“No sabemos”:

- Los sabios de Israel ignoran lo que el pueblo ya sabe.
- Los vigías de Israel no ven lo que los ciegos ven.
- Los guardianes del pacto no escuchan lo que los sordos oyen.
- Los pedagogos de Israel no aman lo que los seguidores de Jesús aman.

La antítesis entre “*nosotros... ése*” respira soberbia y desprecio luciferino, antes fue contra el ciego, ahora es contra Jesús.

“Replicó él: – Pues eso es lo raro”: La dialéctica del ciego abre un espacio apologetico desapasionado y evidente. Pone las conclusiones al alcance de los sabios de Israel. Necesitaban los fariseos toneladas de humildad para aceptar a Jesús y les sobraban toneladas de soberbia luciferina.

“Que vosotros no sabéis de dónde viene”: La dualidad de oposición que abrieron los fariseos entre el ciego y ellos, entre Jesús y ellos, la aprovecha ahora el ciego para dejarlos literalmente aplastados como a serpientes.

“Y, sin embargo, me ha abierto los ojos”: Se pone aquí de manifiesto la asistencia del Espíritu Santo al ciego ante los Tribunales de iniquidad, donde deberá dar testimonio de Jesús:

*«Os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y cárceles y llevándoos ante reyes y gobernadores por mi nombre; esto os sucederá **para que deis testimonio**. Proponed, pues, en vuestro corazón no preparar la defensa, porque **yo os daré una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios**. Seréis entregados por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros, y seréis odiados de todos por causa de mi nombre.» (Lc. 21, 12-17).*

Quedaron ciegos espiritualmente los judíos que veían sólo con los ojos materiales, y el ciego natural comenzó a ver natural y sobrenaturalmente.

“Sabemos que Dios no escucha a los pecadores”: El ciego se envalentona y comienza a dar lecciones a los sabios de Israel. La bofetada

es total. Ya quedó confesada por el ciego de nacimiento la inocencia de Jesús ante los rabiosos fariseos.

Las cosas se caldean, el diálogo va subiendo de tono, la oposición se presenta ahora recíproca y enquistada.

“Sino al que es religioso (θεοσεβής)”: Piadoso, temeroso de Dios. Es el hombre que se toma en serio la vida religiosa y la cumple a la perfección. El término lo usa S. Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles para presentar a Cornelio:

*«Cornelio, centurión de la cohorte Itálica, **piadoso** (εὐσεβής) y temeroso de Dios.» (Hech. 10, 1-2).*

El encomio que hace el ciego sobre Jesús, a causa de su intervención milagrosa contra la ceguera de nacimiento, muchas veces reiterada, hace pensar en la muerte heredada de Adán, de la que el hombre vuelve a la vida por las aguas del bautismo: Siloé.

“Y hace su voluntad”: El ciego advierte a los fariseos que hay que cumplir la voluntad de Dios, no la de ellos. Jesús cumple la voluntad del Padre, pero se cierra a cumplir la voluntad farisea criminal.

“Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento”: El que nació ciego, comienza a ver por la intervención de Jesús, pero antes de Jesús nadie devolvió la vista a un ciego. El hombre, ciego por su pecado, tiene ahora ante sí quien le puede devolver la vista. Si Adán quedó sumergido en tinieblas por la baba de Satanás, ahora recobra la vista por la saliva de Jesús.

“Si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder”: La hipótesis del ciego: “*si éste no viniera de Dios*”, está exigiendo una respuesta afirmativa: Jesús viene de Dios, y, por tanto, tiene en sí todo poder. ¿Qué más argumento necesitas, fariseo ciego?

“Le replicaron: –Empecatado naciste tú”: Los sabios de Israel piensan que el hombre nació ciego por sus pecados; es decir, pecó antes de ser. Hasta aquí llega la estupidez farisea.

“De pies a cabeza”: Encarecen la gravedad de su pecado, el cual consideran pecado de cuerpo y alma. A decir verdad, los judíos están des-

fogando su rabia contra el seguidor de Jesús, ya que no podían hacerlo a Jesús, que se les había escapado de sus criminales manos, como fue profetizado por S. Juan:

«Entonces despechado contra la Mujer (Iglesia), se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús.» (Ap. 12, 17).

“¿Y nos vas a dar lecciones a nosotros?”: Para los fariseos, la ceguera es maldición divina. Por tanto, ya no tienes derecho a hablar, y menos a instruir a los sabios de Israel. Los fariseos se cerraron a la luz de Cristo Jesús, que les viene dada por el ciego; se cerraron a la luz del ciego de nacimiento, y se cerrarán a la luz de la Iglesia: permanecerán ciegos hasta el día de su conversión final.

*«Pero se embotaron sus inteligencias. En efecto, hasta el día de hoy perdura ese mismo velo en la lectura del Antiguo Testamento. El velo no se ha levantado, pues sólo en Cristo desaparece. Hasta el día de hoy, siempre que se lee a Moisés, **un velo está puesto sobre sus corazones**. Y cuando se convierte al Señor, se arranca el velo.» (2 Cor. 3, 14-16).*

“Y lo expulsaron”: Lo excomulgaron de la comunidad judía. ¡Qué consolador!: el demonio no quiere a los justos. ¡Sabrosa, suave, dulce excomunió!

La comunidad judía ya había cesado en su condición de pueblo de Dios y se niegan éstos a incorporarse a la comunidad de Jesús. Pero en torno a Jesús se aglutina un nuevo pueblo de Dios (la Iglesia), al que contribuyen los judíos en su rabia mortífera, aun sin pretenderlo.

Y como es condición de todo seguidor de Jesús padecer persecuciones, el ciego de nacimiento comienza a saborear las contradicciones cristianas de parte de los enemigos de Dios, las autoridades judías.

La antítesis entre “*tú... nosotros*” vuelve a aparecer respirando la misma soberbia y desprecio luciferino anterior.

“Oyó Jesús que lo habían expulsado”: El ciego elegido por Jesús para darle la vista, mediante el baño del agua, es expulsado, a modo de exorcismo, del antiguo pueblo judío, que ha dejado de ser pueblo de Dios.

Y el nuevo pueblo de Dios se irá formando a partir de los regenerados por las aguas del bautismo: "*Siloé*".

El ciego, fervoroso seguidor de Jesús, como no se avenía a plegarse al capricho farisaico, tiene que padecer la persecución a causa de la justicia por el reino de los cielos, como rezan las bienaventuranzas. En esta tesitura, y para que se vea cumplido el Evangelio, Jesús sale en busca del perseguido, despreciado, excomulgado... para incorporarlo a su Reino.

«Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.» (Mt. 5, 10).

"Lo encontró y le dijo": Lo cual hace suponer que Jesús buscó al ciego de nacimiento, a despecho de la reciente persecución judía para apedrearlo. Jesús vence todos los obstáculos por la salvación de un alma. No parará hasta que la encuentre.

"¿Crees tú?": Una vez iluminado el cuerpo, Jesús va a iluminar el alma del ciego, que se abre a la fe con la sencillez de los sencillos de corazón. El ciego había superado la prueba y estaba maduro para emitir su profesión de fe.

"En el Hijo del hombre?": La expresión es mesiánica y hace alusión al verso 22: "*si alguno le reconocía a Jesús como Cristo, quedaría excluido de la sinagoga*", cosa que al ciego no le importó, con tal de no separarse de su benefactor, Jesús.

"Él contestó: —¿Y quién es, Señor": Era tan positiva la disposición del ciego hacia su benefactor, que ante cualquier interpelante manifiesta su rendida adhesión. No tiene duda de que el Hijo del hombre, el Mesías, es quien le ha curado, lo que no sabe es quién fue su benefactor mesiánico, pues como ciego que era no lo conocía antes de devolverle la vista, y cuando recobró la vista no estaba Jesús presente, pues la recobró en la piscina de Siloé.

"Para que crea en él": El ciego está rendido de corazón a las insinuaciones y preceptos de su bienhechor. Su disposición es óptima para creer. Se ha dejado cautivar por la gracia de Dios, que lo ha dispuesto adecuadamente.

El ciego de nacimiento quiere conocer al que ya cree en su corazón, para creer más en Él; al paso que los fariseos quieren conocer al que quieren matar.

“Jesús le dijo: –Lo estás viendo”: Para un ciego, la respuesta de Jesús es de lo más delicado: **“Lo estás viendo”**. La insinuación amorosa a la vista del cuerpo ilumina el alma del ciego. El ciego ve a Jesús y cree, los judíos ven a Jesús y le tiran piedras.

“El que te está hablando”: Jesús se revela al ciego como lo hiciera con la Samaritana:

«Jesús le dice: “Yo soy, **el que te está hablando**.”» (Jn. 5, 10).

“Ése es”: Dios es “*el que es*”. El Dios de Siloé es el mismo que el Dios del Sinaí:

«Contestó Moisés a Dios: “Si voy a los israelitas y les digo: “*El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros*”; cuando me preguntan: “¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?” Dijo Dios a Moisés: “**Yo soy el que soy**.” Y añadió: “Así dirás a los israelitas: “Yo soy” me ha enviado a vosotros.”» (Éx. 3, 13-14).

“Él dijo: –Creo, Señor”: El ciego ve, cree, respeta y adora. Ha llegado a las puertas de la vida y se le abrieron de par en par.

“Y se postró (προσεκύνησεν)”: Es una fórmula que expresa el culto de adoración a Dios:

«Nuestros padres **adoraron** (“προσεκύνησαν”) en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar (προσκυνεῖν).» (Jn. 4, 20).

Aquí el ciego ha llegado a la luz en la postura que le corresponde como criatura de Dios y redimido por Cristo Jesús.

“Ante él”: Adán se postró ante Satanás, ahora el hombre redimido se postra “*Ante Él*”, ante Dios. Y el ciego al ponerse “*ante Dios*” le da la espalda a la sinagoga, se despide del mundo diabólico que mató a Jesús.

“[Dijo Jesús: –Para un juicio (κρίμα) he venido yo a este mundo”: Todo juicio sentencia la separación entre buenos y malos. Jesús tiene también como misión esclarecer la valoración moral de las personas:

«Este está puesto para... que **queden al descubierto las intenciones de los corazones.**» (Lc. 2, 34-35).

Aunque en este mundo viven compenetrados el trigo y la cizaña, sin embargo, el mensaje salvífico de Jesús establecerá la separación entre unos y otros.

Jesús ha venido para separar a buenos de malos, a las ovejas de los cabritos:

«Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él **separará a los unos de los otros**, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.» (Mt. 25, 32-33).

Los hombres se dividen en dos bandos irreconciliables: los que ven a Cristo Jesús (creyentes) y los que no lo ven (incrédulos).

“Para que los que no ven, vean”:

- Los que no están satisfechos de sí mismos, verán.
- Los que tienen conciencia de su ceguera espiritual, verán.
- Los indigentes que sienten la necesidad de Jesús, verán.
- Los pobres ignorantes que apetecen la iluminación de Jesús, verán.

Estaba anunciada esta doctrina en el Antiguo Testamento:

«Oirán aquel día los sordos palabras de un libro, y desde la tiniebla y desde la oscuridad **los ojos de los ciegos las verán.**» (Is. 29, 18).

«Entonces **se despegarán los ojos de los ciegos.**» (Is. 35, 5).

«Te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes, para **abrir los ojos ciegos**, para sacar del calabozo al preso, de la cárcel a los que viven en tinieblas.» (Is. 42, 6-7).

"Y los que ven, se queden ciegos":

- Los que están satisfechos de sí mismos, se quedarán ciegos para siempre.
- Los que no tienen conciencia de su ceguera espiritual, se quedarán ciegos para siempre.
- Los que creen tener todo lo necesario y no necesitar de Jesús, se quedarán ciegos para siempre.
- Los que no quieren tener más luz de la que tienen y rechazan a Cristo, se quedarán ciegos para siempre.

Estaba anunciado en el Antiguo Testamento:

*«Engorda el corazón de ese pueblo, hazle duro de oídos, y **pégale los ojos, no sea que vea con sus ojos**, y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se convierta y se le cure.» (Is. 6, 10).*

En fin, los ciegos verán, y los que ven quedarán ciegos: perderán la poca luz que tienen y se convertirán en ciegos del todo; porque recibir a Jesús es recibir la luz del mundo, la luz de la vida, y rechazar a Jesús es rechazar la luz.

Los judíos ponían su confianza en su propia luz, en sus propios conocimientos, creyendo que poseían la luz de la verdad: *"**nosotros sabemos** que ese hombre es un pecador", "**nosotros sabemos** que a Moisés le habló Dios" (v. 24, 29).* Ellos creen estar en la verdad, ellos creen ver. Por eso, cuando Jesús los ilumina con su luz, la rechazan, pues consideran como suficiente su propia luz:

*«La luz brilla en las tinieblas, y **las tinieblas no la vencieron.**» (Jn. 1, 5).*

Si no aceptan la luz de Cristo Jesús, ¿cómo van a aceptar la luz del ciego que los ilumina? Por eso lo rechazaron: *"¿tú nos vas a dar lecciones a nosotros?"*

No será Jesús quien haga la separación de buenos y malos, la harán los mismos hombres con su libre actitud ante la persona de Cristo Jesús. Jesús ha venido para salvar:

*«Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino **para que el mundo se salve por él**. El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios.» (Jn. 3, 17-18).*

“Los fariseos que estaban con él”: No habían tomado partido hacia el exterior, pero ante la presencia de Jesús se pone de manifiesto lo que hay en los corazones de los hombres (cf. **Lc. 2, 35**). Y lo que había en estos judíos, agazapados en el anonimato, era odio mal disimulado contra Jesús.

“Oyeron esto y le preguntaron”: Ya no pueden reprimir más los fariseos su animadversión contra Jesús, y comienzan el ataque con la censura interrogante de una aparente arbitrariedad de Jesús.

“¿También nosotros estamos ciegos?”: Que eran ciegos, crédulos adversos a Jesús, lo atestigua la respuesta que les da luego Jesús:

“Jesús les contestó: –Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado”: Su pecado es de incredulidad en Jesús. Tienen vista, pueden ver, pero no quieren. Por eso su pecado se agrava cada día más.

“Pero como decís que veis”: Los verdaderos ciegos no son los que no pueden ver, sino los que no quieren ver, los que no quieren dejarse influenciar por Jesús y aceptar su gratuita salvación.

“Vuestro pecado persiste”: Los que rechazan la luz de Jesús y de su Iglesia, quedarán ciegos para siempre, pero los que aceptan la iluminación de Jesús en su Iglesia, *“los iluminará una Luz que viene de lo alto” (Lc. 1, 78).*